

EL TESTIGO, EN EL ÚLTIMO TEATRO DE LAURO OLMO

Leopoldo de Luis

El testimonio, esa exigencia de la literatura de nuestro tiempo –quizá de todos–, ese llamador que golpea sobre la conciencia del lector –del espectador oyente–, lo encontramos en cada aventura escénica de Lauro Olmo, desde *La camisa*. Es su condicionante, su motivación. Hoy, en *La jerga nacional*, pugna desde un personaje casi mudo un personaje hermético.

La jerigonza –huellas de Quevedo al canto– culebrea con látigo de protagonista por esta tragicomedia de Olmo, desde las primeras canciones de arranque. Los metalenguajes de los heterogéneos grupos de la vida nacional: los advenedizos, los chulos, los ejecutivos, los tecnócratas, los arribistas, los nostálgicos... Fauna urbana de café, en la capital de eso que ahora se llama *el Estado*. La mano sainetera y denunciadora de Lauro borda magistralmente el cañamazo satírico.

Pero confude –confundir no es sino fundir– con– el misterioso personaje que se sienta a un extremo de la escena. Testigo de la acción, de las acciones, asiste impenetrable y contempla mudo. Al final, deshace su tela de silencio con un brindis de frase ambigua e inquietante policroísmo.

Queda así abierta la obra a diversas lecturas: el personaje enigmático, ¿es la conciencia española? España mantendría, en ese caso, un substrato esencial, bajo los episodios pintorescos de sus gentes y por encima de ocasionales disensiones. ¿Es la tradición? Una falsa modernidad quedaría de esa guisa puesta en solfa a lo largo del suceso escénico. ¿Es el futuro, el progreso? Se combatiría así una malentendida *progresía* que, en el fondo, está defraudando muchas esperanzas. ¿Es el propio autor? Pasaría éste, en tal supuesto, a un papel cuasi neutral de contemplador impávido o notario objetivo.

Cualquiera que sea la interpretación, resulta inquietante este personaje de la más reciente obra de Lauro Olmo. Su presencia convierte la obra en una pieza no sólo espejo de *la actualidad*, sino indagatoria en *la temporalidad*. O dicho de otro modo: no sólo lo que pasa ocasionalmente, sino lo que nos pasa sustancialmente.

Lauro Olmo, que colgó *la camisa* en dolor de ayer, despliega *la jerga* en la confusión de hoy.